

EL CONCEPTO DE MOVIMIENTO SOCIAL: ACCION, IDENTIDAD Y SENTIDO*

Marisa Revilla Blanco

En verdad el concepto de construcción se refiere al producto social que cristaliza, de conformidad con los proyectos que apoyan e impulsan los diferentes sujetos sociales que coexisten en la sociedad. Cada proyecto constituye una forma particular de articular los elementos económicos, sociales y culturales de la realidad; por lo tanto, representa una exigencia para la teorización, ya que si una teoría sobre la realidad histórica prescinde del reconocimiento de estos proyectos puede ser inocua, o bien banal, para definir prácticas sociales, aunque simultáneamente la teoría sea útil para dar una explicación de los procesos sociales.¹

ABORDAMOS EN ESTE ARTÍCULO el estudio de los movimientos sociales desde una perspectiva comprensiva del fenómeno: el título y la cita que se incluye al inicio nos dan las claves de una aproximación al fenómeno de los movimientos sociales como *procesos de construcción social de la realidad*.

Planteamos como primera aproximación al tema la definición del movimiento social como «el proceso de (re)constitución de una identidad colectiva, fuera del ámbito de la política institucional, por el cual se dota de sentido a la acción individual y colectiva». Desde esta perspectiva realizaremos un análisis del movimiento social en dos niveles principales: 1. cómo los individuos coinciden en constituirse en un nosotros sujeto de la acción (los procesos de identificación colectiva), y 2. el sentido que a tal acción atribuyen (los procesos de producción de sentido social de la acción). La articulación de estos dos niveles de análisis, así como de las implicaciones teóricas que conllevan, requieren una reflexión inicial sobre el propio concepto de movimiento social.

1. El movimiento social como objeto de investigación

Las diversas perspectivas teóricas que se aproximan al estudio de este fenómeno lo hacen desde distintas ópticas y, la mayoría de las veces, observando distintas parcelas de su desarrollo. La variedad es tal que, algunas veces, no puede haber seguridad sobre que se estén dedicando al estudio de un mismo objeto de investigación.

Los enfoques teóricos que se dedican al estudio del movimiento social y de la acción colectiva como estrategia,² es decir, centrándose en el *cómo* actúa y se moviliza un determinado sector de población, parten del estudio del movimiento social como organización, sin cuestionarse el origen de tal organización y sin dar explicación al paso del nivel individual al colectivo. Por otro lado, la mayoría de los enfoques que se centran en el estudio del movimiento social como identidad,³ es decir, que estudian el *porqué* de la movilización, vinculan el estudio del movimiento social a las condiciones estructurales en las que emerge, de tal forma que cada tipo de movimiento social es propio de una forma concreta de

* Publicado originalmente en *Zona Abierta* N°69 «Movimientos sociales, acción e identidad». Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1994, pp. 181-213. CIDPA cuenta con la autorización del editor y la autora (N del E).

1 Zemelman, 1990: 31.

2 Las teorías de la acción colectiva (Olson) y de la elección racional (Elster), y las teorías de la movilización de recursos (McCarthy y Zald, Jenkins) y de las estructuras de oportunidad políticas (Kitschelt).

3 Las teorías de los nuevos movimientos sociales, en concreto, Habermas, Melucci, Offe y Touraine.

sociedad: el propio contexto sociohistórico de su surgimiento determina la composición social y la dinámica del movimiento.⁴

Consideramos aquí que el estudio del proceso de movilización y de la organización de un movimiento social requiere, antes de estudiar el cómo se realiza, y más allá de plantear la existencia de un nivel de conflicto más o menos constante en toda sociedad,⁵ responder por qué se plantea tal movilización. Por otra parte, el análisis de los procesos de identificación colectiva, además de articular teóricamente el proceso de constitución de una identidad colectiva, debe plantearse, más allá de las condiciones sociohistóricas del contexto concreto en el que surgen, las causas de que en un momento dado surjan movimientos sociales que articulen identidades colectivas nuevas o que redefinan identidades previas.

En definitiva, estamos planteando la pregunta ¿qué es un movimiento social?, abstrayéndolo de las condiciones de su surgimiento, del tipo de movilización que realiza y de su propia composición. Para intentar dar respuesta a esta pregunta nos detendremos primero en el movimiento social como forma (el debate entre los conceptos que se refieren a este fenómeno y la delimitación de los espacios que cada uno ocupa) y después en el contenido de la forma concreta de movimiento social.

1.1. *Comportamiento colectivo, acción colectiva y movimiento social*

Cuando intentamos sistematizar el concepto de movimiento social como forma, precisando los fenómenos que se pueden recoger bajo esta denominación, hemos de tener en cuenta que en el panorama teórico general de estudios que se refieren a este tipo de fenómenos se utilizan tres conceptos distintos (comportamiento colectivo, acción colectiva y movimiento social) para definir los fenómenos de movilización de ciudadanos.⁶ En algunos casos, el movimiento social se incluye como una forma de comportamiento colectivo;⁷ otras veces los conceptos de movimiento social y acción colectiva se utilizan como sinónimos de una forma de acción poco organizada y no institucional;⁸ en otros casos, los estudios se refieren exclusivamente al fenómeno del movimiento social.⁹ La mayoría de las veces, explícita o implícitamente, el movimiento social es un tipo de acción colectiva.¹⁰

El hecho fundamental que hay que considerar para establecer la necesidad de delimitar los espacios que ocupan estos conceptos es que abarcan un espectro de fenómenos demasiado amplio: desde fenómenos como las modas, la propagación de rumores y las reacciones colectivas de pánico, hasta la acción de los sindicatos y la vinculación, más o menos formal, de ciudadanos a la acción de partidos políticos, pasando por formas autoorganizativas como, por ejemplo, las asociaciones vecinales, las movilizaciones pacifistas, la acción de grupos feministas o la de grupos contra el aborto.

Mario Diani, en su intento de sistematización del concepto de movimiento social (Diani, 1992), destaca cuatro enfoques teóricos dedicados a este tipo de fenómenos: la teoría del comportamiento colectivo (Smelser, Turner y Killian), la teoría de la movilización de recursos (McCarthy y Zald), la

4 Por ejemplo, Touraine afirma que «tratar, por el contrario, de entender los nuevos movimientos sociales es defender otra representación de nuestra sociedad y de nuestro porvenir. Según esta representación entramos en un nuevo modo de producción, el cual al originar nuevos conflictos engendrará nuevos movimientos sociales, extendiendo y diversificando el espacio público y quizás también dará a luz formas de dominación y control más profundas y con mayor capacidad de manipulación» (Touraine, 1987b: 106).

5 La premisa inicial de los enfoques de la movilización de recursos y de las estructuras de oportunidad política.

6 Para la revisión de las distintas acepciones del fenómeno véanse entre otros: Ahlemeyer (1989), Cohen (1985), Diani (1992), Diani y Eyerman (1992a), Eder (1982), Gerdes (1984), McAdam, McCarthy y Zald (1988), Schneider (1989), Wasmuht (1989).

7 Por ejemplo, Smelser recoge en su definición de comportamiento colectivo acciones tales como reacciones de pánico, locura colectiva, revueltas violentas, movimientos orientados por normas y movimientos orientados por valores.

8 Las formas de canalización del conflicto social a través de la movilización (Oberschall, 1973).

9 El ejemplo más claro lo constituye todo el trabajo de Alain Touraine, aunque en *El regreso del actor* distingue tres tipos de «acción conflictiva»: 1. conducta o comportamiento colectivo (*collective behavior* en Smelser), 2. lucha y 3. movimiento social (Touraine, 1978b: 93-102).

10 Es el caso, por ejemplo, de la teoría de la movilización de recursos y del último trabajo de Klaus Eder (1993).

teoría del proceso político (Tilly) y la teoría de los nuevos movimientos sociales (Touraine, Melucci).¹¹ A partir de estos cuatro enfoques, extrae Diani cuatro aspectos comunes que se refieren a la dinámica de los movimientos sociales y que utiliza para su definición del concepto. Los cuatro aspectos son: 1. redes informales de interacción, 2. creencias y solidaridad compartidas, 3. acción colectiva desarrollada en áreas de conflicto y 4. acción que se desarrolla fuera de la esfera institucional y de los procedimientos habituales de la vida social (Diani, 1992: 7). Lo que sigue estando ausente en este intento de sistematización es una comparación entre los distintos conceptos que se utiliza, sobre todo cuando están presentes en la definición del concepto de movimiento social.

Según lo que se deduce del planteamiento introductorio de nuestra aproximación al fenómeno de los movimientos sociales, se mantiene aquí una posición crítica respecto de los enfoques que incluyen el movimiento social entre las formas de *comportamiento colectivo*. El origen de esta crítica se establece al abordar el movimiento social como un proceso de identificación colectiva. Desde nuestra perspectiva, incluir bajo el mismo concepto fenómenos como, por ejemplo, la revuelta de Los Ángeles de la primavera de 1992 y la acción de un movimiento pro derechos humanos, puede ser peligroso y, sobre todo, no aportar nada a la comprensión de cada uno de los fenómenos. Bajo el concepto de comportamiento colectivo se recogen acciones espontáneas y aisladas que canalizan la respuesta de diversos sectores sociales a fenómenos determinados.¹² Según esta concepción, un episodio de comportamiento colectivo puede ser expresión del desarrollo inicial de un movimiento social, pero el movimiento social, desde nuestro punto de vista, es mucho más que comportamiento colectivo: en un episodio de comportamiento colectivo (por ejemplo, una moda, la extensión de un rumor, un pánico, una protesta violenta) puede producirse tan sólo una confluencia de acciones individuales en el espacio y en el tiempo,¹³ una *agregación* de voluntades individuales que no tiene un sentido dirigido a los otros, en definitiva, que no se inserta en el proceso de constitución o expresión de una identidad colectiva.¹⁴

Frente al concepto de comportamiento colectivo situamos el concepto de *acción colectiva* como acción conjunta de individuos para la defensa de sus intereses comunes,¹⁵ por ejemplo la acción de las «organizaciones» proveedoras de bienes públicos de Mancur Olson (Olson, 1971).

La acción colectiva, frente al comportamiento colectivo, tiene la característica de que es acción dirigida a los otros, es más que la agregación de voluntades individuales: *para que se pueda hablar de un interés colectivo y del desarrollo de unas expectativas es necesario referirse a un proceso de identificación en el cual se articula un proyecto social que da sentido a las preferencias y expectativas*

11 Diani ignora la existencia del enfoque teórico de la acción colectiva planteado por Olson y de las teorías de la elección nacional. Mucho más llamativa es la ausencia de estos planteamientos en su trabajo con Eyerman referido al estudio de la acción colectiva (Diani y Eyerman, 1992b).

12 Neil Smelser define el comportamiento colectivo como acción colectiva no institucional (esto es, espontánea y desorganizada) que modifica una situación de tensión en el sistema y reconstituye el orden social (Smelser, 1962). Entre los autores que incluyen el movimiento social en el estudio del comportamiento colectivo están también Turner y Killian (1987) y Goode (1992).

13 En nuestro ejemplo, la respuesta a una resolución judicial discriminatoria y vivida como injusta (Los Ángeles, 1992). En este caso, la protesta violenta se desarrolla con acciones de pillaje, saqueo a establecimientos comerciales y vandalismo. Una vez «restablecido el orden», por la acción gubernamental y policial, desaparece el fenómeno.

14 Para que un episodio de comportamiento colectivo se constituya como movimiento social es necesario que desencadene un proceso de constitución de una identidad a lo largo de un eje temporal. No nos estamos refiriendo aquí a una lógica incrementalista (del tipo «cuanto más tiempo dura una acción, mayor efecto tiene»), sino a que en el proceso de identificación están presentes elementos (la definición colectiva de preferencias y expectativas en el marco de un proyecto común) que, en principio, en un episodio de comportamiento colectivo no tienen por qué darse. Esto no impide que episodios que discurren como comportamiento colectivo sirvan, posteriormente, como referentes para el desarrollo de acción colectiva.

15 Adoptamos aquí el punto de vista de los intereses de grupo, de colectivo: un individuo participa en la medida en que su interés coincide con el interés común. Se puede objetar que asimilamos, de partida, interés individual con interés colectivo, lo cual es cierto y se hace sobre la base de la hipótesis de que si un individuo participa en una forma de acción colectiva lo hace persiguiendo un bien universal, no sólo privado (lo cual no quita que individualmente también se beneficie). La argumentación sobre la asimilación de interés individual e interés colectivo la realizaremos cuando abordemos la argumentación teórica sobre los procesos de identificación.

colectivas e individuales. En los episodios de comportamiento colectivo, desde el nivel individual (mi propia expresión de protesta, de descontento o de frustración) se coincide en lo colectivo como agregación de lo individual (la respuesta de un sector de la sociedad ante un fenómeno); en la acción colectiva, la acción desarrollada sobre un interés y unas expectativas colectivas (un proceso de identificación) revierte en el nivel individual (la confirmación de la propia identidad individual).¹⁶ Desde este punto de vista, el movimiento social es una forma de acción colectiva (es un proceso de identificación), pero no toda acción colectiva es la acción de un movimiento social. Para desarrollar la especificidad del movimiento social como forma de acción colectiva (distinta de la acción de un partido político, de un sindicato o de un grupo de presión) debemos introducirnos en el planteamiento de los procesos de identificación y de la naturaleza del movimiento social.

2. Otra lógica de la acción colectiva

Si planteamos el fenómeno de los movimientos sociales como una forma concreta de acción colectiva, el primer punto que hemos de tratar es el problema de la acción colectiva definido por Olson en su obra sobre la lógica de la acción colectiva.

El problema del *free rider*, en los términos en los que fue formulado por este autor, es el siguiente: dado que la acción colectiva es la acción de las organizaciones dedicadas a la atención de los intereses colectivos y particulares de los individuos que la componen, y destinada a la producción de bienes públicos, esto es, de bienes que están disponibles para todos los miembros de la organización, hayan o no participado en los esfuerzos por su logro, un individuo maximizador (calculador de la relación coste/beneficio de la acción) intentará beneficiarse a través de la acción de los otros, ya que su propia aportación al esfuerzo colectivo tiene un efecto poco notable para la organización (mientras que para él puede suponer un coste elevado) y, además, obtendrá su parte de beneficio independientemente de su participación en los costes (Olson, 1971). De aquí deduce Olson la necesidad de incentivos selectivos (individuales) para el desarrollo de la acción colectiva (positivos —recompensas a la participación— o negativos —castigos a la no participación—). Aunque se puede objetar, como lo hace Alessandro Pizzorno, que, más que una teoría de la acción colectiva, Olson lo que desarrolla es una teoría sobre la producción de bienes públicos (Pizzorno, 1987: 13), un estudio sobre la participación de ciudadanos en movimientos sociales no puede ignorar el problema que Olson planteó, sino que debe intentar resolverlo.

La hipótesis que aquí planteamos es que la *identidad colectiva constituye en sí un incentivo selectivo para la acción*. La argumentación teórica de esta hipótesis pasa por explicar dos cuestiones básicas e interrelacionadas: cómo se define la existencia de intereses colectivos o comunes en un grupo de individuos y si se puede seguir hablando de la relación coste/beneficio de la acción.

Abordamos la argumentación teórica de esta hipótesis recurriendo a dos elaboraciones: el concepto de lealtad (Hirschman, 1977) y la explicación de cómo los medios (costes) de la acción se pueden constituir en fines (beneficios) (Scitovsky, 1976; Hirschman, 1989).

Respecto al primer elemento, la elaboración del concepto de *lealtad*, define Hirschman dos opciones para el individuo involucrado en algún tipo de acción pública (ya sea en el campo de la economía, ante un acto de consumo o, en el campo de la política, respecto de la vinculación a alguna actividad como puede ser la participación en un partido político), en un momento de insatisfacción o descontento con la acción que se desarrolla: la salida (el abandono de la actividad que venía realizando) y la voz (la permanencia en la actividad que realizaba, pero adoptando una actitud crítica como intento de lograr una mejoría desde dentro) (Hirschman, 1977). Según Hirschman, uno de los factores que alejan la opción de la salida son «las perspectivas de uso eficaz de la voz» (1977: 42), esto es, la decisión de permanecer y adoptar la voz está mediada por una consideración sobre la eficacia real de la voz (en cuanto

16 No se está planteando una clasificación de tipo reactivo (comportamiento colectivo)-proactivo (acción colectiva). En realidad, ambos fenómenos se plantean como respuesta a reacciones sociales. Sin embargo, la clave de la distinción radica en que un proceso de identificación significa la articulación de un *proyecto común*.

potencialidad de cambio) y por la previsión de que todavía es posible una mejora si se permanece, pero la barrera real entre la salida y la voz es la lealtad respecto de la organización: «la lealtad aleja la salida y activa la voz. [...] La lealtad, lejos de ser irracional, puede servir al propósito socialmente útil de impedir que el deterioro se vuelva acumulativo, como ocurre tan a menudo cuando no hay barreras a la salida» (*ibid.*: 80). Cuanto más leal sea un miembro de la organización, mayores serán sus esfuerzos por lograr la mejora desde dentro. Los *miembros poco leales* adoptarán la opción de la salida mucho antes que los *miembros muy leales*. Para que la lealtad funcione tiene que existir la salida como posibilidad de actuación (*ibid.*: 83).

Pizzorno interpreta la lealtad como un grado de la identificación y avanza en esta teoría de la lealtad añadiendo un tercer tipo de miembros: *los identificadores*, es decir, los miembros que dotan de identidad a una organización, a la vez que refuerzan su propia identidad individual. Para estos miembros la salida es prácticamente inconcebible. En el argumento de Pizzorno, un miembro leal aprueba la actividad de un grupo (y puede ser leal a muchos grupos siempre que no sean contradictorios); cuando no recibe de la organización lo que espera, puede abandonarla. El miembro identificador no se identifica por los fines que persigue el grupo, sino por la propia realidad colectiva de la organización, y recibe su identidad a través de ella; para el identificador el abandono de la organización supone un cambio en su propia identidad individual (Pizzorno, 1989: 29-30). Desde nuestra perspectiva, lealtad e identificación son sinónimos. Se es leal a un grupo en la medida que hay identificación con la «realidad colectiva» de ese grupo: cuanto más se identifica una persona con un grupo, más leal será. *En ambos casos* (los miembros leales y los miembros identificadores de Pizzorno) el abandono de la organización puede suponer un cambio en la identidad individual. Antes de seguir desarrollando el proceso de identificación, retomamos el segundo elemento al que hacíamos referencia: cómo el medio de la acción se puede convertir en un fin en sí mismo.

La elaboración de Scitovsky discute los postulados de la denominada «conducta racional»: el individuo como calculador de la relación coste/beneficio de sus acciones.¹⁷ Según Scitovsky, este planeamiento, cuyo origen está en la economía, parte del principio de la escasez: todo individuo se enfrenta a muchas necesidades y deseos, disponiendo de insuficientes medios (dinero, tiempo, energía, etc.) para su satisfacción (Scitovsky, 1976: 64). El individuo, en esta situación, se ve obligado a realizar un balance entre sus necesidades y a sufrir costes e incomodidades para reducirlas.¹⁸ Lo que plantea Scitovsky es que el individuo, en el propio transcurso de la acción, está obteniendo un beneficio: el *beneficio de proceso interno*. En el curso de una acción para la satisfacción de una necesidad o un deseo, el individuo obtiene placer en el mismo proceso (y como tal puede constituirse en motivación para la acción), por la estimulación producida por la posibilidad de obtener la plena satisfacción de ese deseo o necesidad (Scitovsky, 1976: 67): el placer de *hacer* frente a *tener* (Taylor, 1990: 99).

En este sentido, y según la argumentación que realiza Hirschman, en acciones involucradas en el logro de un interés público, la *voz* no se siente como un costo de la acción, sino como un *beneficio* (Hirschman, 1977: 154): cuando se opta por la permanencia (se aleja la opción de la salida), la activación de la voz se convierte en el fin de la permanencia, a la vez que en el medio para lograr la mejora de la organización. Si el resultado de la acción colectiva es un bien público (que, por definición, está disponible para todos los miembros), la única posibilidad que tiene un individuo de aumentar el beneficio que recibe como resultado de la acción es incrementar su propia aportación al logro de los objetivos, y esto es así porque: «[...] el beneficio de la acción colectiva para un individuo no es la diferencia existente entre el resultado esperado y el esfuerzo realizado, sino la *suma* de estas dos magnitudes» (Hirschman, 1989: 97).¹⁹ La voz, frente a la salida, tiene el beneficio añadido de que, en el curso de la «protesta» como

17 Para una revisión y crítica de los planteamientos de la teoría de la elección racional (restringida y en sus variantes más amplias, como el planteamiento de Margolis y Scitovsky), véase Taylor (1990)

18 Para no sufrir una incomodidad (*discomfort* en términos de Scitovsky), por ejemplo, el hambre, se tiene que soportar otra incomodidad, trabajar

19 Respecto a esta forma de salvar el problema del *free rider*, Jon Elster afirma que se puede entender de dos formas: una, que la participación en acción colectiva puede ser entretenida y divertida, y dos, que los individuos se pueden unir al

actitud crítica (la activación de la voz, el medio), se reafirma la lealtad hacia el grupo, se confirma el proceso de identificación (en la salida está implícita, como causa o como consecuencia, la ruptura de la lealtad y de la identificación²⁰). «El grado de identificación con un grupo alcanza su nivel máximo cuando el coste de actuar junto a otros por el mismo fin colectivo es nulo» (Pizzorno, 1989: 31). Si damos la vuelta a este argumento, resulta que, si en el curso de una acción colectiva lo que se produce (independientemente del logro o no del objetivo final de la acción) es la confirmación del proceso de identificación (como identidad colectiva e individual) del participante, se anula la relación coste/beneficio, porque *sólo a través de la propia participación en la acción puede beneficiarse un individuo*.

Decíamos antes que, frente al comportamiento colectivo, la acción colectiva se desarrolla sobre la base de un interés y unas expectativas colectivas. Abordar la explicación de la existencia de un interés común o colectivo y de las expectativas de desarrollo de ese interés es hacer referencia a un proceso de identificación: los individuos construyen sus objetivos, hacen elecciones y toman decisiones de acuerdo con la percepción de su ambiente, con las expectativas socialmente construidas. «[...] Sólo si los actores individuales pueden reconocer su coherencia y continuidad como actores serán capaces de escribir su propio guión de la realidad social y comparar expectativas y resultados. De este modo, toda teoría de la acción colectiva que incorpore el concepto de expectativas presupone una teoría de la identidad» (Melucci, 1989: 32).

Retomamos aquí la elaboración teórica de Alessandro Pizzorno, como exponente de la teoría de la identificación. El punto de partida de su argumentación es una crítica a las teorías de la elección racional; el objetivo, encontrar alguna lógica a las acciones, que bajo la óptica de la elección racional recibirían el calificativo de irracionales.

El punto que desarrolla en su estudio sobre la racionalidad de la elección democrática es la llamada «paradoja del elector»: ¿por qué vota un individuo a un partido, cuando la probabilidad de que una sola voz decida la elección de un candidato es infinitesimal? (Pizzorno, 1989: 335). La respuesta a esta pregunta es que el elector no cree que una sola voz decida una elección, sino que lo que cambia el sentido del voto es que una sola voz contribuye a dar información sobre la fuerza relativa que tiene un partido o una posición colectiva. Lo que está actuando no es una lógica de la utilidad (un «cálculo» sobre la probabilidad de beneficiarme con la elección que realizo), sino una lógica de la identificación: la participación electoral en cuanto testimonio de mi propia vinculación política (*ibid.*: 354).

El punto de partida para la crítica a las teorías de la elección racional es que el individuo no es un yo unitario con un esquema de preferencias claras y un interés único y específico. Por el contrario, el individuo que se enfrenta a la adopción de una decisión o a la realización de una elección afronta dos tipos de problemas: por un lado, el individuo, en la visión de Pizzorno, es una «retahíla de yoes» (Pizzorno, 1989: 36), una sucesión de yoes que se desarrollan simultánea y consecutivamente; cuando realizo una elección doy «prioridad» a uno de los yoes que en este momento me constituyen como individuo.

Esto nos introduce en el segundo problema: cuando realizo una elección me coloco en una situación de incertidumbre respecto a cómo mis yoes futuros evaluarán la situación en la que la decisión que ahora tomo les ha colocado. Según el planteamiento de Pizzorno, el individuo que adopta una decisión o realiza una elección se enfrenta a una situación de «incertidumbre valorativa» (Pizzorno, 1987: 23 y 1989: 37): la incertidumbre que resulta de no saber si el orden actual de preferencias, por el cual deduzco mi interés en este momento y que determina mis expectativas de acción, seguirá siendo el mismo mañana (Pizzorno, 1986: 355). En este sentido plantea Pizzorno la acción colectiva como proceso de

desarrollo de la acción colectiva para obtener autorrealización, conciencia y autorrespeto. Respecto a ambas y desde los postulados de la elección racional, cuestiona que un individuo se una a la acción de un movimiento sólo por estas razones (Elster, 1989a: 45).

20 Cuando la salida es adoptada como grupo, puede significar un proceso de identificación «nuevo». Cuando afirmamos que la salida implica ruptura de la lealtad y de la identificación, hacemos referencia a la identidad anterior, no a la nueva, que, por otra parte, podría constituirse como la causa de la salida.

identificación, por el cual me inscribo en un *círculo de reconocimiento* (Pizzorno, 1989: 38) que me permite reconocermé y ser reconocido, a la vez que dar una cierta continuidad a los valores por los cuales establezco mis preferencias y mis expectativas. «Una persona es una sucesión de yoes que eligen y pueden tener algo en común sólo si se encuentran circunscritos a un círculo de reconocimiento común. La identidad personal consiste en una conexión vertical e intertemporal entre sucesivos yoes de un ser humano que se hace posible sólo por conexiones intertemporales y horizontales entre diferentes yoes individuales» (*ibidem*).

La peculiaridad de la teoría de la identidad de Pizzorno se encuentra en que, al asegurar un círculo de reconocimiento en el que inscribir las preferencias y la acción propias, el pertenecer a una identidad colectiva refuerza la propia identidad personal.

La identidad colectiva a la que pertenezco ofrece un «apellido» a los individuos que forman parte de ella, contribuye a la constitución de la identidad individual. Al constituir una identidad colectiva disminuyo la incertidumbre valorativa sobre mi propio yo futuro, atribuyo a mi orden de preferencias actual una cierta continuidad y adquiero capacidad para predecir mis preferencias y expectativas futuras.²¹ Es en este sentido en el que Pizzorno afirma que identidad colectiva es sinónimo de «continuidad individual» y de «previsibilidad de preferencias» (Pizzorno, 1987: 22-23): a través del «apellido relevante» con el que me presento (la identidad colectiva), preveo una cierta estabilidad (con los grados de incertidumbre propios de toda previsión) para los valores con los que ahora actúo.

Identidad colectiva y proceso de identificación se refieren aquí, por tanto, a una dinámica de proyección, individual y colectiva, del presente hacia el futuro.

El planteamiento de Pizzorno supera la paradoja del *free rider* explicando que, en algunos casos, el criterio de racionalidad del que aquélla surge no opera. El modelo de individuo en sociedad que se ofrece es un individuo «contradictorio», calculador de su propio interés, pero actuando bajo dos tipos de incentivos principales: los normativos, la necesidad de satisfacción de expectativas que un individuo percibe como referentes de la propia acción, y los solidarios, la necesidad de un individuo de entrar en relaciones de solidaridad con otros, que le permitan el reconocimiento recíproco de la propia identidad (1987: 21).

Lo que aquí se plantea es que, en la medida en que el marco de preferencias, en el cual un individuo inscribe su criterio de acción y del cual deduce su interés, depende, se determina o se reafirma en el proceso de identificación de un individuo con el grupo del que forma parte, es en la propia identidad colectiva donde se define la coincidencia entre el interés colectivo y el interés individual.²² Como se planteaba en la hipótesis que se ha defendido, si comparto una identidad colectiva, si me identifico con un grupo de individuos, actuaré a favor de los intereses colectivos. Y aquí conviene hacer una puntualización: para que la identidad colectiva sea el incentivo selectivo *principal* de la acción, la unidad en esta identidad sólo puede existir como resultado del proceso de la acción. Si se parte de una identidad definida *a priori*, fija e inmutable, no se soluciona el problema del *free rider*. El *proceso de identificación*, entendido como «potencial de individualización» (Melucci, 1988b: 7), significa *la confirmación de la identidad personal y colectiva en el curso de la acción*, y sólo en este sentido se constituye la identidad colectiva como el principal incentivo selectivo. El *free rider* opta por la salida y, así, cuestiona su propia identidad colectiva y, lo más importante, individual.

3. Hipótesis sobre el origen y la naturaleza del movimiento social

21 Como la planteábamos cuando comparábamos comportamiento colectivo y acción colectiva, en esta última, la acción realizada sobre la base de una identidad colectiva revierte en el nivel individual, en la confirmación de la propia identidad personal.

22 Dicho de otra forma, la definición de un interés individual, al igual que la definición de unas expectativas, requiere de la existencia social: sólo en referencia a otros (a través de la identificación o de la diferenciación) se pueden articular un interés y unas expectativas individuales.

Cuando apelamos al proceso de constitución de una identidad colectiva para explicar el desarrollo de acción colectiva y, en concreto, de movimientos sociales, no olvidamos la crítica que Touraine realiza cuando dice que: «[...] recurrir a la identidad es recurrir a una definición no social del actor social» (Touraine, 1987b: 107).²³ Más bien nuestra intención es la contraria: pretendemos construir un actor social sobre la base de la acción de los individuos dirigida a los otros.²⁴

Aunque coincidimos con Touraine en que «el llamado a la identidad puede concebirse como un trabajo de la democracia, como la conciencia del esfuerzo mediante el cual los actores de un sistema social —que ejerce gran poder sobre sí mismo y envuelto en cambios constantes— *se esfuerzan por determinar por sí mismos las condiciones en las cuales se produce su vida colectiva y personal*» (Touraine 1987b: 115, las cursivas son mías) no coincidimos en la forma en que él define la identidad: desde nuestra perspectiva, la identidad se funda en relaciones de igualdad y diferencia, que no tienen que ser necesariamente de oposición.²⁵ La identidad colectiva construye el sistema de acción (las expectativas y las posibilidades y límites de la acción²⁶) en el cual un individuo se define a sí mismo y a su ambiente.

La cuestión central es ahora la especificidad del movimiento social como forma de acción colectiva, qué papel juega, como (re)constitución de una identidad colectiva, respecto de identidades colectivas constituidas institucionalmente en acción a través de partidos políticos, sindicatos, grupos de presión y grupos de interés. Para Pizzorno el movimiento social es uno de los modos de ofrecer certidumbre valorativa cuando en una población dada se manifiestan formas de incertidumbre (Pizzorno, 1987: 24). Desde la ya revisada argumentación de Pizzorno, explicamos los mecanismos de reducción de la incertidumbre valorativa, pero no el origen social de esta incertidumbre.

En el modelo de movimiento social planteado por Alberto Melucci la incertidumbre es una característica esencial de los sistemas con alta densidad de información o sociedades complejas: en los sistemas en «los que la producción material se transforma en la producción de signos y relaciones sociales, el área central de conflicto se sitúa en torno a la habilidad de los grupos e individuos para controlar las condiciones de formación de su acción» (Melucci, 1988b: 5). En una sociedad con alta densidad de información, la producción y el tratamiento de información participan en la construcción de las dimensiones fundamentales de la vida cotidiana (tiempo y espacio, relaciones interpersonales, nacimiento y muerte), del tratamiento de las necesidades individuales en el seno del Estado de bienestar y del proceso de formación de la identidad personal y social en los sistemas educativos, a la vez que se realiza un control social difuso que sobrepasa la esfera pública para invadir el terreno de la formación del sentido en la acción individual: lo «privado» se convierte en objeto de intervención y manipulación social (Melucci, 1992: 271).²⁷ Los grados crecientes de información circulando en el sistema producen incertidumbre en la medida en que suponen un obstáculo para el conocimiento.

Melucci define la identidad colectiva como «la definición compartida e interactiva, y producida por individuos en interacción, concerniente a las orientaciones de su acción, así como el campo de oportunidades y restricciones en el que tiene lugar su acción» (Melucci, 1989: 34). Pues bien, en una sociedad con alta densidad de información, la identidad que se produce individual y socialmente se enfrenta a la incertidumbre provocada por el flujo permanente de información y al hecho de la

23 Tampoco es nuestra intención referirnos a la identidad como «una fuerza intrasocial natural» o como «un garante metasocial» del orden (*ibid.*). Por otro lado, no es necesario apelar a la constitución de una identidad colectiva para caer en los términos criticados por Touraine: el funcionalismo estructural de Smelser (el propio orden «demanda» el cambio y gestiona la transformación, los individuos sólo actúan siguiendo su «mandato») y la cooperación de Elster (el individuo que no coopera movido por elección racional actuará bajo las normas y valores que funcionan como «cemento de la sociedad», garantizando la cooperación) son dos ejemplos (Smelser, 1962, y Elster, 1989a).

24 «La *acción social*, por tanto, es una acción en donde el sentido mentado por su sujeto o sujetos está referido a la conducta de *otros*, orientándose por ésta en su desarrollo» (Weber, 1987: 5)

25 Touraine basa la acción de los movimientos sociales en la existencia de conflicto social en toda sociedad; de esta forma, la identidad que se manifiesta en un movimiento social mantiene *siempre* una relación de oposición con otra identidad.

26 Melucci, en este mismo volumen.

27 En términos de Jürgen Habermas, «la colonización del mundo de la vida», sometido ahora a la racionalidad instrumental del sistema y a sus medios, poder y dinero (burocratización y mercantilización del mundo de vida).

pertenencia simultánea de los individuos a una multiplicidad de sistemas y a distintos ámbitos espaciales y temporales de referencia (Melucci, 1992: 284). Lo que podría llamarse «exceso de información» provoca una dificultad en el proceso de construcción de las orientaciones y en la determinación de las oportunidades de la propia acción; en definitiva, provoca una pérdida del sentido de la acción.

Desde esta perspectiva de la incertidumbre como pérdida de sentido de la acción individual y colectiva en sociedades con alta densidad de información, el movimiento social se constituye como proceso de identificación, esto es, de desarrollo del potencial de individualización.²⁸ La definición alternativa de sentido que se lleva a cabo en el movimiento social produce *integración simbólica*: en el proceso de identificación se articulan significados alternativos (la orientación de la propia acción) que se traducen en la *reapropiación del sentido de la acción individual y colectiva*.

En este tipo de sociedad compleja, según el planteamiento de Melucci, el movimiento social no responde a una situación de emergencia ocasional, ni tiene un carácter de marginalidad (respecto a las instituciones) o de residualidad (respecto del orden), sino que se constituye como realidad permanente y estable en el funcionamiento del sistema, con un espacio específico para su acción. Se produce una separación entre acción política y acción colectiva no institucional: el movimiento social «asume la configuración de área, de red social en la cual se forma, se negocia o se recompone una identidad colectiva» (*ibid.*: 287).

La cuestión clave que nos permita la separación entre surgimiento de un movimiento social y el propio contexto en el que tiene lugar, es decir, la abstracción de la acción del movimiento social, radicará en explicar por qué, en un espacio y tiempo determinados, las identidades colectivas existentes no sirven como referentes o como círculo de reconocimiento en el que inscribir la acción de un individuo, por qué la reducción de la incertidumbre valorativa no se lleva a cabo a través de la acción institucional; en definitiva, por qué se realiza una construcción alternativa de sentido y un proceso de construcción social de la realidad que reduce la incertidumbre.

En este marco de interrogaciones, la primera hipótesis que formulamos es que *el surgimiento de un movimiento social implica una insuficiencia en las identidades colectivas que existen e interactúan en una sociedad en unas coordenadas espaciotemporales determinadas*.

Si esta hipótesis como suponemos es cierta, la acción de un movimiento social se convierte en un signo: el hecho mismo de su existencia es el principal mensaje que el movimiento ofrece a la sociedad. Indica que existe un problema que concierne a todos y en torno al cual se ejercitan nuevas formas de poder (Melucci, 1992: 296), se ensayan nuevas formas de acción y se pueden configurar identidades colectivas distintas a las existentes.

El concepto de identidad colectiva que aquí se ha manejado contiene dos elementos fundamentales: preferencias y expectativas. La identidad colectiva se constituye como el círculo de reconocimiento en el que inscribo mi orden de preferencias actual (los valores y las prioridades de las que se deduce el interés) y que me permite el desarrollo de expectativas.²⁹ La acción de un movimiento social en tanto que se desarrolla al margen de la acción de las instituciones sociales³⁰ creando su propio espacio, implica que las identidades colectivas existentes no se constituyen como círculo de reconocimiento para un individuo, no sirven de referente para mi orden de preferencias ni me permiten desarrollar expectativas (insuficiencia de las identidades colectivas existentes). Se traduce, por tanto, en una discontinuidad en las identidades colectivas.

28 En cuanto a la incertidumbre como pérdida de sentido de la acción individual y colectiva en las sociedades contemporáneas, se deben tener en cuenta como fuente de esta incertidumbre no sólo los altos flujos de información, sino también el *proceso de cambio social acelerado* al que están sometidas y que afecta tanto a la estructura y el modo de producción como a las formas de socialización e incluso a la propia comunidad global como orden internacional.

29 «Antes de realizar cualquier actividad [...] los individuos formulan un *proyecto*. Una parte de este proyecto son ciertas imágenes mentales, o *expectativas*, acerca de su naturaleza y acerca de la clase y el grado de satisfacción que brindará la actividad» (Hirschman, 1989: 20).

30 Si en algo están de acuerdo las diversas aproximaciones teóricas al fenómeno de los movimientos sociales es en que su acción no es, inicialmente, institucional: no disponen de otro recurso que no sea la movilización.

La hipótesis que manejamos para la explicación del surgimiento de un movimiento social como proceso de (re)constitución de una identidad colectiva es *una situación vivida individualmente, de disonancia o incertidumbre en la relación entre preferencias y expectativas*.³¹ Dado que trabajamos con dos variables, hay dos fuentes de disonancia y, por tanto, dos causas de emergencia de un movimiento social: 1. una *modificación en el orden de preferencias* y 2. una *reducción en las expectativas de acción*. Como veremos a continuación, que distingamos dos tipos de causas de surgimiento de los movimientos sociales no implica necesariamente que, dependiendo del tipo de causa que lo origine, la dinámica o el tipo de movimiento vengan predeterminados.

En el caso de la primera fuente de disonancia que hemos definido, la modificación en el orden de preferencias, el yo al que doy prioridad para la construcción de mi orden actual de preferencias, por el cual deduzco mi interés, no coincide con el de los círculos de reconocimiento que me son próximos: las expectativas de acción que corresponderían a mi potencial inscripción en un determinado grupo de reconocimiento existente no concuerdan con el orden de preferencias al que doy prioridad. En este caso, las identidades colectivas existentes no permiten a un individuo reconocerse y ser reconocido. El movimiento social resultante de este tipo de incertidumbre tenderá a constituirse como una identidad colectiva nueva.

En el segundo caso, circunstancias del ambiente provocan una reducción en las expectativas de acción de una determinada identidad colectiva. Es el ejemplo que Pizzorno denomina «*reductio ad Amazoniam*»: un millonario que viaja en su avioneta privada se ve forzado a aterrizar en la selva amazónica y a vivir el resto de su vida en el seno de una tribu. El orden de preferencias que le constituye como identidad ha perdido todas sus expectativas de acción: la riqueza y los recursos que le permitían mantener unas expectativas no son reconocidos en esta tribu (Pizzorno, 1989: 36). Se verá forzado o a modificar su identidad para adaptarse al nuevo ambiente o a permanecer en una situación de aislamiento respecto de la situación social en la que ahora se halla inserto. En el caso de desarrollo de un movimiento social en estas circunstancias, se adopta la primera opción, se reconstituye el proceso de identificación: se adoptarán nuevas estrategias para la readaptación entre preferencias y expectativas.

Los tipos de causas que manejamos para el surgimiento de movimientos sociales han tenido ya planteamientos similares en algunos enfoques teóricos. Se ha hablado de emergencia de nuevos valores posmaterialistas en relación con un proceso de relevo generacional (Inglehart, 1991): las nuevas condiciones de socialización de los jóvenes (satisfacción de necesidades materiales, niveles más altos de educación y mayores cotas de habilidad política como variables independientes) tienen como consecuencia un cambio en los valores de esta generación que se refleja en la aparición de nuevas formas de acción y que provocan transformaciones en el nivel sociopolítico. Respecto al segundo caso, la curva J de Davies (Davies, 1969) pone en relación situaciones de frustración de expectativas con la aparición de revoluciones y rebeliones. Si a un período de expectativas crecientes y satisfacción de estas expectativas también creciente, le sigue un período en el que se produce una caída brusca en el nivel de satisfacción de las expectativas, la situación más probable es la de que la frustración de expectativas se canalice a través de acciones violentas.

Lo que aquí estamos formulando como hipótesis no es tanto que la misma modificación de las preferencias o la reducción de expectativas den lugar necesariamente a la acción de un movimiento social, como que lo que da lugar a esta acción es la situación de «desidentificación» sentida por el individuo. La modificación de las preferencias o la reducción en las expectativas pueden dar lugar, tan sólo, a estrategias para reducir la incertidumbre: a un cambio en los círculos de reconocimiento (adopto otra identidad colectiva en la que reconozco mi orden actual de preferencias y las expectativas de acción) o a un cambio en el orden de preferencias (modifico mis preferencias para adaptarlas a las expectativas de acción de la potencial identidad de referencia). *El movimiento social surge cuando la situación de disonancia o incertidumbre entre preferencias y expectativas me coloca en una situación, vivida*

31 Lo cual no significa que toda situación de incertidumbre respecto a los procesos de identificación se resuelva a través de la acción de un movimiento social.

individualmente, de «exclusión» respecto de las identidades colectivas y las voluntades políticas que actúan en una sociedad en un momento dado. Cuando los círculos de reconocimiento existentes (por una de las dos razones expuestas) no dotan de sentido a mi acción y cuando la pérdida de referentes para la constitución de identidades se generaliza, una de las opciones posibles es la *producción alternativa de sentido*: la (re)constitución de una identidad colectiva que dote de certidumbre a la acción individual y colectiva.

De este proceso de identificación «alternativo» que se realiza en la acción del movimiento social, como proyección hacia el futuro que produce sentido para la acción individual y colectiva, se deriva que en el movimiento social no sea pertinente la separación entre acción instrumental (orientada hacia el logro de recursos que permitan defender los intereses) y acción expresiva (orientada por el proceso de identificación).³² En la acción de todo movimiento social, como confirmación del proceso de identificación, están presentes los dos componentes: la (re)constitución de una identidad colectiva (expresivo) y la obtención de recursos políticos y sociales para el desarrollo de esa identidad (instrumental).³³

La peculiaridad de la acción del movimiento social frente a otras formas de acción colectiva (otras identidades reflejadas en las diversas formas de acción de partidos políticos, sindicatos, grupos de interés y de presión) consiste en que el resultado principal del movimiento es dotar de *sentido* a la acción individual y colectiva. Se puede argumentar que la acción colectiva de organizaciones institucionalizadas obtiene el mismo resultado. La diferencia radica en que, en el movimiento social, como proceso de identificación y como construcción social, se produce (como resultado) la *integración simbólica de los individuos cuya voz no se recoge en los proyectos existentes en una sociedad*.

4. La producción de sentido

Podemos formular esta peculiaridad de los movimientos sociales frente a las otras formas de acción colectiva como *carácter externo respecto del sistema político institucional*. El movimiento social se genera fuera de las instituciones políticas y es en este ámbito en donde tiene lugar su actividad, articulando en su acción, como proceso de identificación, otros espacios de construcción de certidumbre y de sentido. Retomamos cuando abordamos la producción de sentido en los movimientos sociales el viejo debate entre «objetivismo» y «subjetivismo» en el seno de las ciencias sociales.³⁴

Cuando definimos el movimiento social como un *proceso*, estamos haciendo referencia a un concepto abierto, inacabado, que parte del presente y se dirige hacia el futuro, a una construcción que se realiza en el tiempo. Se establece, por tanto, que un análisis del movimiento social no puede abordarlo partiendo de una concepción fija, de unos intereses preestablecidos y sujetos a un patrón de preferencias inalterable en el tiempo.³⁵ Cada momento (definido por unas coordenadas espaciotemporales) del movimiento articula lo ya dado (como pasado en el presente) y lo que se está dando (el presente como futuro potencial). De la misma forma, la *sociedad* no se concibe aquí como un ente acabado, organizado y

32 Entre otros autores, Rucht afirma la existencia de dos lógicas *distintas* de acción: una lógica instrumental (orientada hacia el poder) y una lógica expresiva (orientada hacia la identidad). La lógica que siga un determinado movimiento define el campo de su acción, el conflicto entre el movimiento y sus oponentes y la «racionalidad» interna del movimiento. Siguiendo este planteamiento, afirma que, en el caso alemán, el movimiento feminista sigue una lógica expresiva, mientras que el movimiento ecologista, una lógica instrumental (Rucht, 1988). Por el contrario, aquí afirmamos que *ambas lógicas* están presentes en la acción de un movimiento.

33 La anulación de la distinción entre «significado expresivo» y «significado instrumental» de la acción es defendida por Melucci en el caso de los movimientos sociales contemporáneos (Melucci, 1992: 297).

34 Sobre este tema, véase «Action, Subjectivity and the Constitution of Meaning» (Giddens, 1986).

35 El *a priori* implícito en construcciones teóricas como, entre otras, la teoría de la movilización de recursos (movimiento social como organización con una preferencia de cambio preestablecida, McCarthy y Zald, 1977), la teoría de la elección racional y el individualismo metodológico (acción colectiva para la defensa de intereses individuales, Elster, 1989a) y la definición de identidad, oposición y totalidad como componentes del movimiento social realizada por Touraine (1981, 1987b).

estructurado fijamente, sino como cada una de las formas que en su seno van adoptando las relaciones entre los distintos futuros potenciales que conforman el ámbito de las voluntades colectivas sobre el orden social en un tiempo y espacio determinados. En esta concepción de la sociedad se entrelazan tres dimensiones de la realidad: la realidad como proceso (carácter abierto e inacabado), multidimensional (implica la imbricación de múltiples dimensiones analíticas), síntesis de tiempos diversos (Zemelman y Valencia, 1990: 91-92). La sociedad es la construcción de la realidad presente con proyección hacia el futuro «en la que se entrecruzan muchos tiempos y espacios materializados» (Zemelman, 1989: 51) en la formación de una voluntad colectiva. Es el resultado, en una secuencia temporal, de las acciones e interacciones que en su seno tienen lugar tanto entre hombres y mujeres aislados, como entre las diversas colectividades en las que se agrupan y las instituciones que los representan, median y gobiernan.

Desde esta perspectiva, caemos clara (e intencionadamente) en el lado de la subjetividad: existe una realidad social entendida, cuestionada y/o articulada por cada una de las acciones de los individuos y las instituciones que participan en la sociedad (recibida como producida y participando en su producción). Es el propio individuo inmerso en una acción social quien produce significaciones y sentidos de su acción que se dirigen a los otros y a la sociedad.

Cuando planteamos el movimiento social como integración simbólica se plantea implícitamente «[...] la cuestión del orden: la necesidad de todo individuo del reconocerse y afirmarse así mismo como perteneciente a una comunidad» (Lechner, 1986b: 89).³⁶ La situación de pérdida de sentido de la acción individual que puede dar origen a la emergencia de un movimiento social, es la consecuencia de la falta de referentes para la construcción de la propia identidad en el marco de una identidad colectiva, de la no pertenencia, de una suerte de individuo anónimo: una situación, vivida individualmente, de exclusión. Una incertidumbre sobre la propia identidad colectiva que remite a la incertidumbre sobre el «orden deseado».³⁷

La hipótesis que se baraja aquí sobre el origen de los movimientos sociales plantea que el movimiento social surge donde las voluntades colectivas sobre el orden social (la interacción entre los distintos proyectos de sociedad) no tienden a la inclusión y representación de todos los individuos y colectividades que conforman una sociedad en un espacio y tiempo determinados. A través del proceso de formación de un movimiento social, se «subjetiviza» un ámbito de lo social: en el proceso de identificación colectiva y de atribución de sentido, «una ausencia es definida como carencia y como necesidad» (Sader, 1990: 71). El movimiento social se caracteriza, así, como la forma de «activación» de la sociedad por la cual los grupos de ciudadanos, reunidos en un proceso de identificación, promueven la transformación del orden social. La formación de un movimiento social resuelve una situación de incertidumbre sobre las voluntades que conforman el orden social. La «pérdida de un "mapa cognoscitivo" que permita estructurar espacial y temporalmente sus posibilidades» (Lechner, 1990: 96) es el origen de la acción del movimiento social como reapropiación del sentido (creación de continuidad y, por tanto, de orden) atribuido a la acción individual y colectiva.

La superación de la incertidumbre, la promesa de futuro potencial que estructura el presente, la producción de sentido de la acción individual y colectiva, se realizan en el movimiento social como red de relaciones sociales³⁸ en la que se desarrolla la identidad colectiva. La movilización es sólo una faceta de su actividad: *la faceta principal del movimiento social es la interconexión de los individuos involucrados en el proceso de identificación, su trabajo autoorganizativo de producción del mapa cognoscitivo que le caracteriza como código distinto a otros códigos culturales*. Son las fases del movimiento social de «latencia» y «visibilidad» definidas por Melucci (1985, 1989): producción de sentido y movilización

36 A este respecto, dice Carlos Moya: «[...] Frente a la temporalidad mortal de la existencia humana, frente a la multiplicada incertidumbre y riesgo subyacente a la historicidad de toda cultura particular, la maquinación mítico-ritual de su propia Identidad Colectiva es un argumento básico y nuclear de cada sociedad concreta» (Moya, 1988: 1181).

37 Sobre la construcción del orden deseado, véase Lechner (1986a).

38 La «red sumergida en la vida cotidiana» de Melucci.

como demostración de las propias señas de identidad.³⁹ El movimiento social se constituye así como una suerte de cultura alternativa al margen del conjunto del sistema cultural preexistente.

5. Algunas implicaciones teóricas

Hemos descrito aquí el movimiento social como red de relaciones sociales que produce un sentido alternativo de la acción. La principal implicación teórica de esta descripción es que el movimiento social es distinto de organización, si a este concepto se le atribuye el significado de institución, es decir, de organización con una «voz» y un peso reconocidos en el proceso de conformación de las voluntades colectivas.

Frente a la visión empresarial de los movimientos sociales, como organizaciones profesionales que promueven una determinada preferencia de cambio social,⁴⁰ con liderazgo profesional (y, en algunos casos, externo), con recursos a su alcance y realizando acción representativa,⁴¹ defendemos aquí la visión del movimiento social como *acción participativa*: la estrategia de acción del movimiento social depende del apoyo de sus miembros. El movimiento social carece inicialmente de recursos institucionales: el único recurso disponible para la acción del movimiento social es la movilización. Los enfoques teóricos referentes al estudio de la organización (la teoría de la movilización de recursos, las estructuras de oportunidad, las estrategias de negociación) se adaptan mejor al estudio de la acción colectiva de organizaciones como partidos políticos, sindicatos y grupos de presión.

La visión del movimiento social como red de relaciones sociales en la que se articula el proceso de identificación y la producción alternativa de sentido, defendida aquí, se combina difícilmente con la idea de la preexistencia de una organización (como ente formal) representativa y con capacidad de movilizar recursos. Sin embargo, el movimiento social es inseparable de organización en el sentido en que la define Tilly: «identidad común y estructura unificadora entre los individuos de una población» (Tilly, 1978: 54).

La diferencia sustancial entre lo que proponemos y el modelo propuesto por Tilly se encuentra en el momento de constitución de esta organización. En el modelo político de Tilly, esta identidad (organización) preexiste a la acción (la unidad como principio) y tiene capacidad y recursos para adoptar una estrategia adecuada a sus intereses.⁴² En la visión que manejamos del movimiento social, la *organización es la interacción entre los individuos que componen la red de relaciones sociales, el resultado de la acción y de la existencia del movimiento (la unidad como resultado)*. Otra cosa distinta es que haya diferentes grados de identificación. En la interconexión de individuos que componen la red nos podemos encontrar con «núcleos» (individuos con alta densidad de relaciones), alrededor de los cuales hay una concentración de interconexiones: los «identificadores» actuando como núcleos organizativos; a la vez, nos podemos encontrar con individuos con pocas conexiones con la red: son los individuos con grados más bajos de identificación.

El grado de identificación de los miembros del movimiento social, la vinculación individual a su acción, está en relación directa con la propia percepción de la situación de «exclusión» respecto de las identidades colectivas existentes y con las posibilidades de construcción colectiva de lo percibido individualmente: no es sólo que un individuo esté en situación de incertidumbre (discontinuidad) respecto de su propia identidad, sino que es necesario que esa realidad se construya socialmente. En palabras de Norbert Lechner:⁴³ «[...] El no encontrar hamacas disponibles puede parecer, en cada caso individual,

39 La distinción entre fase de latencia y fase de visibilidad permite suponer la persistencia del movimiento social más allá de sus demostraciones con ocasión de fenómenos determinados.

40 La visión de la teoría de la movilización de recursos. McCarthy y Zald (1977).

41 «[...] acciones en las que "se habla en nombre de" en lugar de involucrar un grupo en conflicto». Jenkins, 1983: 53 (traducido en este mismo volumen).

42 De hecho, en el modelo de Tilly, el propio carácter de la organización-identidad (en términos de «inclusividad», «efectividad» y «eficiencia») determina las posibilidades de la movilización (Tilly, 1978).

43 Se refiere al ejemplo utilizado por Heinrich Popitz (1968: *Prozesse der Machtbildung*, Colección Recht und Staat núm. 362/363) para ilustrar el proceso de formación de poder: a bordo de un barco en el que viajan todo tipo de pasajeros, se ofrecen gratuitamente hamacas en un número que alcanza aproximadamente a un tercio de los pasajeros. En un

como una "mala suerte" del momento, que acontece en forma individual. Faltan tiempo y condiciones de comunicación para que los excluidos tomen conciencia de que no se trata de un problema personal. Cuando comentan y comparten la experiencia de la exclusión y perciben que hay siempre un grupo pequeño en posesión de las hamacas, sólo entonces surge la conciencia de la usurpación como una "cuestión social"» (*ibid.*: 61).

Sólo en el proceso de socialización de la pérdida de referentes para la constitución de un «mapa cognitivo» (la incertidumbre percibida individualmente) se constituye el movimiento social como proceso de construcción social de la realidad.

6. Procesos alternativos de identificación o cuando el coro se rebela: A modo de conclusión

Defendemos aquí, por tanto, el movimiento social como proceso de construcción social de la realidad, por el cual situaciones de exclusión individual respecto de las identidades colectivas y las voluntades políticas que actúan en una sociedad en un momento dado (la pérdida de referentes para la constitución de la identidad individual y colectiva, ya sea por modificación en las preferencias o por reducción de las expectativas) se resuelven en procesos de (re)constitución de identidades colectivas como proceso de reapropiación del sentido de la acción. En términos de la metáfora de Nun sobre la rebelión del coro,⁴⁴ parte del coro se rebela cuando la tragedia que se representa en el centro del escenario no es la que quieren representar (modificación en las preferencias), o cuando se saca al coro fuera del escenario (reducción de las expectativas). En ambos casos, *parte del coro demanda el cambio de tragedia y un papel que suponga dejar de ser coro*.

La metáfora de Nun nos introduce en el tema de los espacios de actuación del movimiento social y en el tema de la relación entre movimiento social y partido político. Desde la perspectiva europea de los nuevos movimientos sociales, se analizó, en algunos casos, la aparición de estos movimientos sociales como formas de participación destinadas a modificar los criterios de la democracia representativa⁴⁵ y como acciones que erosionaban la legitimidad del sistema de partidos. Esto apunta hacia la institucionalización del movimiento social, y desde aquí a una relación de enfrentamiento por un mismo espacio con los partidos políticos. Sin embargo, desde la perspectiva teórica que defendemos, el movimiento social *no* es una *institución* de participación, y mucho menos de representación. El surgimiento de un movimiento social revela una insuficiencia en las identidades y voluntades colectivas preexistentes y un deseo de autoafirmación. Como tal, el surgimiento de un movimiento social puede significar una erosión de la legitimidad de los partidos políticos y de los actores que participan en la conformación de las voluntades colectivas, puesto que, como proceso alternativo de identificación, pone en evidencia la existencia de sectores que no se reconocen en los proyectos políticos en juego, ya sea por los propios contenidos de los proyectos (las certidumbres ofrecidas) o por el estilo del propio proyecto (las posibilidades de participación en la producción de sentido). Desde esta perspectiva, el partido político y el movimiento social ocupan ámbitos distintos y siguen lógicas distintas: el movimiento social sigue una lógica de identificación y participación, mientras que el partido político se rige por la lógica de la representación. O dicho de otro modo, en el momento actual de la democracia representativa, el partido político es imprescindible, fundamental: sin él, no hay democracia; sin embargo, sin movimientos sociales la democracia sigue existiendo. Otra cosa es que el movimiento social, como disposición colectiva de

principio se rota permanentemente de propietario: cuando una hamaca queda libre puede ser utilizada. En un momento en el que suben a bordo nuevos pasajeros, éstos se apropian permanentemente de las hamacas (Lechner, 1986a: 46 ss.)

44 «En la tragedia griega el centro del escenario lo ocupaban casi siempre los héroes, únicos que se hallaban en contacto directo con los dioses. La vida cotidiana tenía reservado, en cambio, un espacio subalterno y sin rostro: el del coro. Lo formaban las mujeres, los niños, los esclavos, los viejos, los mendigos, los inválidos, en una palabra, todos los que se quedaban en la ciudad cuando los demás partían en busca de la aventura, del poder y de la gloria» (Nun, 1989: 11).

45 Por ejemplo, en la argumentación de Offe, hay dos proyectos que intentan salvar la crisis de gobernabilidad del Estado de bienestar: el proyecto neoconservador y el proyecto de los nuevos movimientos sociales (Offe, 1988).

autoafirmación y como producción de otros proyectos y otras formas de hacer política, signifique la introducción de dinamismo en sistemas que, por la propia configuración de los partidos políticos como burocracia, tienden al anquilosamiento. *El surgimiento de un movimiento social*, como demanda por parte del coro de cambio de libreto y de nuevo reparto de papeles, abre nuevas vías para el diálogo. Sin embargo, siempre hay que tener en cuenta, en relación al movimiento social como deseo de constitución de certidumbres propias, que no puede ser uno de los héroes quien intente que el coro se rebele y que el cambio de libreto no tiene por qué ser hacia uno más moderno, sino que se puede querer representar uno ya antiguo.

Hemos definido el movimiento social como proceso de (re)constitución de una identidad colectiva, fuera del ámbito de la política institucional, por el cual se dota de sentido (certidumbre) a la acción individual y colectiva. Defendemos también que en la acción de un movimiento social están presentes dos componentes: un componente expresivo (el proceso de [re]constitución de una identidad colectiva) y un componente instrumental (la obtención de recursos políticos y sociales para el desarrollo de esa identidad). La definición de la acción de un movimiento social sobre la base de la actuación de los dos componentes marca el ámbito en el que se desarrolla el movimiento: las acciones únicamente expresivas o exclusivamente instrumentales, como tales, no son un movimiento social. En la esfera de la participación, la constitución de identidades colectivas y la defensa de intereses colectivos nos encontramos con fenómenos que, aparentemente, podrían ser calificados como movimientos sociales: por un lado, los espacios ocupados, por el ejemplo, por grupos juveniles (como «rockeros», «raperos», *skin-heads* o *boy-scouts*) y sectas religiosas, que desarrollan fuertes procesos de identificación, como construcciones en la que inscriben su acción los individuos que las componen y que, incluso, articulan un proyecto como horizonte común; por otro lado, organizaciones como las asociaciones de consumidores, que actúan a favor de la defensa y el respeto de los derechos de los ciudadanos cuando ejercen actividades de consumo, pero que no crean una identidad colectiva,⁴⁶ es decir, los «afectados» no se movilizan por la defensa de su interés, sino que se dirigen a la organización formal para que ésta active su voz en su defensa, los represente. En el primer caso, estas identidades comunitarias no demandan a la sociedad más que su derecho a la diferencia, se constituyen como núcleos vueltos hacia dentro que no piden tener voz en el proceso de formación de voluntades políticas. En el segundo caso realizan una actividad de representación y se constituyen como grupo de presión, no como movimiento social.

Definimos, por tanto, el movimiento social como proceso de (re)constitución de una identidad colectiva, fuera del ámbito de la política institucional, que dota de sentido (certidumbre) a la *acción individual y colectiva en la articulación de un proyecto de orden social*. Somos conscientes de que en el ámbito de esta definición caben acciones como la de un movimiento neonazi y la de otros calificados como reaccionarios. Si admitimos la posibilidad de la inclusión de estos grupos en la definición de movimiento social, lo hacemos bajo la consideración de que no podemos dejar fuera lo que no es progresista o a lo que aplicamos nuestra propia lógica: cuando las acciones de estos grupos cumplen la definición, esto es, piden un cambio de libreto y adquirir nuevos papeles en el reparto,⁴⁷ presenciemos el surgimiento de un movimiento social. No lo son ni como acciones violentas aisladas que entrarían en la calificación de comportamiento colectivo como protesta reactiva, ni cuando son acciones dirigidas desde el Estado o alguna de sus instituciones. El movimiento social es siempre *autoorganización de ciudadanos*.

46 Aunque, quizás, estando inmersos en la sociedad de consumo, puede que se constituyan, en el futuro, como identidad y voluntad colectiva.

47 Ante una situación de reducción brusca de expectativas, los individuos involucrados en una determinada identidad colectiva sienten amenazada su propia identidad por las condiciones de la nueva situación. En este caso, se pueden configurar procesos *defensivos* de reconstitución de la identidad, a través del rechazo de lo que es sentido como distinto y amenazante.

El movimiento social, de esta forma y abusando de la metáfora teatral, se constituye como una suerte de personajes en busca de libreto y de autor, incluso cuando la obra que deseen representar nos resulte «desagradable».⁴⁸

Referencias

- Ahlemeyer, H. W. (1989), «Was ist eine soziale Bewegung? Zur Distinktion und Einheit eines sozialen Phänomens», *Zeitschrift für Soziologie*, 18 (2): 175-191.
- Cohen, J. L. (1985), «Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements», *Social Research*, 52 (4): 663-716.
- Davies, J. C. (1969), «The J-Curve of Rising and Declining Satisfactions as a Cause of Some Great Revolutions and a Contained Rebellion», en H. D. Graham y T. R. Gurr (comps.), *Violence in America: Historical and Comparative Perspectives*, Nueva York: Signet Books, pp. 671-709.
- Diani, M. (1992), «The Concept of Social Movement», *The Sociological Review*, 4 (1): 1-25.
- y Eyerman, R. (1992a) (comps.), *Studying Collective Action*, Londres: Sage Publications.
- y — (1992b), «The Study of Collective Action: Introductory Remarks», en M. Diani y R. Eyerman (comps.), *Studying Collective Action*, Londres: Sage Publications, pp. 1-21.
- Eder, K. (1982), «A New Social Movement?», *Telos*, 52: 5-20.
- (1993), *The New Politics of Class. Social Movements and Cultural Dynamics in Advanced Societies*, Londres: Sage Publications.
- Elster, J. (1989a), *The Cement of Society. A Study of Social Order* (Studies in Rationality and Social Change), Nueva York: Cambridge University Press.
- (1989b), *Nuts and Bolts for the Social Sciences*, Nueva York: Cambridge University Press.
- (1990a), «Racionalidad, moralidad y acción colectiva», *Zona Abierta*, 54/55: 43-67.
- (1990b), «Rationality and Social Norms», ponencia presentada al XII Congreso Internacional de Sociología (ISA-AIS), Madrid, 9-13 de junio.
- Gerdes, D. (1984), «"Verhalten" oder "Handeln"? - These zur sozialwissenschaftlichen Analyse sozialer Bewegungen», en J. Falter (comp.), *Politische Willensbildung und Interessenvermittlung*, Opladen: Westdeutscher Verlag.
- Giddens, A. (1986), «Action, Subjectivity and the Constitution of Meaning», *Social Research*, 53 (3): 529-545.
- Goode, E. (1992), *Collective Behavior*, Orlando: Harcourt Brace Jovanovich.
- Habermas, J. (1982a), «The Dialectics of Rationalization: an Interview by Axel Honneth, Eberhard Knödler-Bunte and Arno Widmann», *Telos*, 49: 5-31 [«Dialéctica de la Racionalización», *Ensayos Políticos*, Barcelona: Península, 1988, pp. 137-176].
- (1981b), «New Social Movements», *Telos*, 49: 33-37.
- (1987), *Teoría de la Acción Comunicativa*, Madrid: Taurus, 2 vols. [*Theorie des kommunikativen Handelns*, Frankfurt: Suhrkamp, 1981, 2 vols.].
- Hirschman, A. O. (1977), *Salida, voz y lealtad*, México, DF: FCE [*Exit, Voice and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations and States*, Cambridge (Mass.): Harvard University Press].
- (1989), *Interés privado y acción pública*, México, DF: FCE [*Shifting Involvements: Private Interests and Public Action*, Princeton: Princeton University Press].
- Inglehart, R. (1991), *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid: CIS-Siglo XXI [*Culture Shift in Advanced Industrial Society*, Princeton: Princeton University Press, 1990].
- Jenkins, J. C. (1983), «Resource Mobilization Theory and the Study of Social Movements», *Annual Review of Sociology*, 9: 527-553 [en este mismo volumen].

48 J. Esseveld y R. Eyerman (1992), «Which side are you on? Reflections on Methodological Issues in the Study of "Distasteful" Social Movements», en Diani y Eyerman, 1992a: 217-237.

- Kitschelt, H. (1986), «Political Opportunity Structures and Political Protest: Anti-Nuclear Movements in Four Democracies», *British Journal of Political Science*, 16: 57-85.
- Lechner, N. (1986a), *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Madrid: CIS-Siglo XXI.
- (1986b), «¿Responde la democracia a la búsqueda de certidumbre?», *Zona Abierta*, 39/40: 69-93.
- (1990), *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Santiago: FCE [1ª edición: 1988, Santiago: FLACSO].
- (1993), «La democracia entre la utopía y el realismo», ponencia presentada al II Encuentro Internacional de Filosofía Política, Segovia, 26-30 de abril.
- McAdam, D.; McCarthy, J. D. y Zald, M. N. (1988), «Social Movements», en N. J. Smelser, *Handbook of Sociology*, Beverly Hills: Sage, pp. 695-737.
- McCarthy, J. D. y Zald, M. N. (1977), «Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory», *American Journal of Sociology*, 82 (6): 1212-1241.
- Melucci, A. (1985), «The Symbolic Challenge of Social Movements», *Social Research*, 52 (4): 789-816.
- (1988a), «Social Movements and the Democratization of Everyday Life» (mecanografiado) [publicado en J. Keane (comp.), *The Rediscovery of Civil Society*, Londres: Verso].
- (1988b), «Social Movements in the Eighties: in Search of a Missing Object?» (mecanografiado) [publicado en M. Mayer (comp.), *Social Movements in Europe*, Londres: Hutchinson].
- (1989), *Nomads of the Present. Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Londres: Hutchinson.
- (1991), «La acción colectiva como construcción social», *Estudios Sociológicos*, IX (26): 357-364.
- (1992), «Che cosa è "nuovo" nei "Nuovi Movimenti Sociali"», *Sociologia*, 26 (2-3): 271-300.
- Moya, C. (1988), «Identidad colectiva: un programa de investigación científica», en IOP-CIS, *25 años de Sociología en España 1963-1988*, Madrid: CIS, pp. 1161-1189 (también publicado en el número 25 de la *REIS*).
- Nun, J. (1989), *La rebelión del coro. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Oberschall, A. (1973), *Social Conflict and Social Movement*, Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Offe, C. (1985), «New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics», *Social Research*, 52 (4): 817-868 [versión en castellano en: Offe (1988), pp. 163-243].
- (1988), *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid: Sistema.
- Olson, M. (1971), *The Logic of Collective Action*, Cambridge (Mass.): Harvard University Press (1ª edición, 1965) [*La Lógica de la acción colectiva*, México: Limusa, 1992].
- (1986), *Auge y decadencia de las naciones*, Barcelona: Ariel [1ª edición en inglés, 1982].
- Pizzorno, A. (1986), «Sur la rationalité du choix démocratique», en P. Birnbaum (comp.), *Sur l'individualisme: théories et méthodes*, París: FNSP, pp. 330-369.
- (1987), «Considerazioni sulle Teorie dei Movimenti Sociali», en J. H. Cohen *et al.*, *Problemi del Socialismo*, 12, *I Nuovi Movimenti Sociali*, Milán: Franco Angeli, pp. 11-27.
- (1989), «Algún otro tipo de alteridad: Una crítica a las teorías de la elección racional», *Sistema*, 88: 27-42.
- Rucht, D. (1988), «Themes, Logics, and Arenas of Social Movements: A Structural Approach», en B. Klandermans, H. Kriesi y S. Tarrow (comps.), *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research across Cultures*, Greenwich (Conn.): JAI Press, pp. 305-328.
- Sader, E. (1990), «La emergencia de nuevos sujetos sociales», *Acta Sociológica*, vol. III, 2: 55-88.
- Scitovsky, T. (1976), *The Joyless Economy*, Nueva York: Oxford University Press [*Frustraciones de la riqueza*, México: FCE, 1986].
- Schneider, N. F. (1989), «Was kann unter einer "sozialen Bewegung" verstanden werden? Entwurf eines analytischen Konzepts», en U. C. Wasmuth (comp.), *Alternativen zur alten Politik? Neue soziale Bewegungen in der Diskussion*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, pp. 196-206.

- Smelser, N. J. (1962), *Theory of Collective Behavior*, Londres: Routledge and Kegan Paul [*Teoría del comportamiento colectivo*, México: FCE, 1989].
- Taylor, M. (1990), «Racionalidad y acción colectiva revolucionaria», *Zona Abierta*, 54/55: 69-113.
- Tilly, Ch. (1978), *From mobilization to revolution*, Reading: Addison-Wesley.
- Touraine, A. (1981), *The Voice and the Eye (An Analysis of Social Movements)*, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme y Cambridge University Press.
- (1985), «An Introduction to the Study of Social Movements», *Social Research*, 52 (4): 749-788.
- (1987a), «La centralidad de los marginales», *Proposiciones*, 14, *Marginalidad, movimientos sociales y marginalidad*, Santiago: SUR, pp. 213-223.
- (1987b), *El retorno del actor*, Buenos Aires: EUDEBA [Le retour de l'acteur, París: Fayard, 1984].
- (1989), *América Latina, política y sociedad*, Madrid: Espasa Calpe.
- (1990), «Beyond Social Movements», ponencia presentada en el XII Congreso Internacional de Sociología (AIS-ISA), Madrid, 9-13 de julio.
- Turner, R. y Killian, L. (1987), *Collective Behavior*, Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Wasmuht, U. C. (1989), «Alte, alter-naive oder alternative Politik» (pp. 1-10) y «Zur Untersuchung der Entstehung und Entwicklung sozialer Bewegungen. Ein Analytischer Deskriptionsrahmen» (pp. 159-176), en U. C. Wasmuht (comp.), *Alternativen zur alten Politik? Neue soziale Bewegungen in der Diskussion*, Darmstadt: Willenshaftliche Buchgesellschaft.
- Weber, M. (1987), *Economía y sociedad*, México: FCE [Wirtschaft und Gesellschaft. Grundriss der Verstehenden Soziologie, Tubinga: J. C. B. Mohr, 1922].
- Zemelman, H. (1989), *De la historia a la política. La experiencia de América Latina*, México: Universidad de Naciones Unidas/Siglo XXI.
- y Valencia, G. (1990), «Los sujetos sociales, una propuesta de análisis», *Acta Sociológica*, vol. III (2): 89-104.